

CRÉDITOS

ANDRÉ BRETON

Traducción de Aurelio Asiain



A todo señor... Incluso si mis propiedades dejan advertir sus límites, en otro lado los lagares no conocieron nunca semejante trance, semejante animación. Como si se tratara de expresar de una buena vez toda la raíz de la vista (tiene otras la visión, es cierto). Conoció como el lobo blanco, el que está ante nosotros, semidesnudo como le gusta, tiene precisamente por ojo ese grano de Málaga encantado. Atención, lo que dice vale la pena: debe tenerla además endemoniadamente, porque le habla a una mujer, y de algo más que de ella, en su morada común:

Lo que me interesa es establecer lo que podríamos llamar relaciones de gran desviación, relaciones muy inesperadas entre las cosas de las que quiero hablar. En esa dificultad hay un interés y en ese interés hay una tensión que es para mí mucho más importante que el equilibrio estable de la armonía, que no me interesa para nada. La realidad debe ser traspasada en todos los sentidos de la palabra... Quiero atraer al espíritu en una dirección a la que no está habituado, y despertarlo.

La palabra "tensión" ha sido subrayada por la voz, que en todo caso se mueve hacia nosotros divisando a dos humanos físicamente tan desemejantes como sea posible, uno todo apagado, de barba ultraflorida, el otro no puede ser más próximo, lleno de juventud inalienable en la avidez espiritual y el fervor:

Los hombres —susurra el primero— no comprenden cómo lo discordante se acuerda consigo mismo; armonía de las tensiones opuestas, como la del arco y la lira.

La lira —añade el otro—, que consagra al hombre y así le da un puesto en el cosmos; el arco, que lo dispara más allá de sí mismo... En el poema, el ser y el deseo de ser pactan por un instante, como el fruto y los labios.

Se alejan en un torbellino de hojas que poco a poco se organiza en un paisaje montañoso como los de Friedrich en cuyo centro viene a plantarse, en una pose distendida como si estuviera al final de su trayecto, agitando levemente la hierba con el extremo de su báculo, el Legislador por excelencia:

¿La civilización no eleva al bienestar más que a la trigésima parte de sus hijos, que siguen estando descontentos! Cuando vemos ese fruto vergonzoso de tantas ciencias, ¿no debemos dudar si es de veras el destino del hombre o si es, como pensaba Montesquieu, una enfermedad de postración, un vicio interior, un veneno secreto y oculto, un peldaño de transición que hay que franquear cuanto antes?

Cómo es, decimos, que si hay otro destino que descubrir, tantos filósofos famosos de Atenas y de Roma, de París y de Londres, no lo hayan descubierto? Es que los más antiguos, Platon y Aristóteles, Solón y Minos tomaron la ruta falsa, y sus sucesores no han pensado en preguntarse si la política humana estaba en la buena o la mala vía; si se había extraviado, como pensaron Montesquieu, Rousseau, Voltaire.

Todos han cometido el error de mantenerse en la duda pasiva, recomendada desde Descartes hasta el señor Royer-Collard: cometieron la misma falta que Napoleón, que atacó a las ciencias filosóficas pasivamente, limitándose a eliminarlas y condenarlas, sin oponerles otras cuatro. Había que adoptar la duda activa, y proceder por desviación absoluta.

Un principiante con cierta habilidad lograba hacerse notar predicando lo opuesto de las opiniones admitidas, contradiciéndolo todo en conferencias y panfletos. ¿Cómo ninguno, entre tantos autores y ergotistas que siguieron ese camino, tuvo la idea de explotar largamente el espíritu de contradicción, de aplicarlo no a tal o cual sistema de filosofía sino a todos juntos y luego a la civilización que es su caballo de batalla, y a todo el mecanismo social actual de la humanidad?

Colón, para llegar a un nuevo mundo continental, adoptó la regla de la desviación absoluta; se aisló de todas las rutas conocidas, se lanzó a un Océano virgen, sin tener en cuenta los temores de su siglo; hagamos lo mismo, procedamos por desviación absoluta, nada está más a nuestro alcance, basta probar un mecanismo en contraste con el nuestro.

El que así veía no ha seguido tan pronto su camino que no creamos oírlo todavía en eco. Es esta vez un cazador el que pasa: nadie ha educado con tal amor a un hal-

cón, nadie en cambio le ha hecho más dura la vida a la urraca. No le debe a otra cosa que a su comercio con los pájaros la gracia de haber logrado descifrar, a su vez, el grímorio de las complejidades y los destinos:

El método de la desviación absoluta... consiste en hacer lo contrario de los métodos seguidos hasta entonces... Si tuviera un consejo que dar hoy a los jóvenes deseosos de hacerse de un nombre y alcanzar pronto la gloria, no vacilaría un segundo en recomendarles el empleo del método de la desviación absoluta, exclusivamente y sobre todo por encima que el de Descartes.

Esperaríamos en vano un disparo pero en la lejanía se anuncia un raro estrépito, en que innumerables vasos vacíos lanzados al vuelo y suntuosas carrocerías voluntariamente estrelladas contra los muros saltan sobre una marejada de molinos de plegarias, para ceder a ratos a la fuerza irresistible y todopoderosa de un estallido de risa. Y aquí está alguien casi incompatible con la escena que se despliega ante nuestros ojos, pues supone una atmósfera de recogimiento:

Yo no era más que un mármol.

Mi querida abuela difunta vivía aún; tenía algo más de cien años.

En el momento de su muerte —¡el Señor la tenga consigo!— mi madre me llevaba a su lecho, como se acostumbraba entonces, y mientras yo besaba su mano derecha... (Me permito interrumpir un instante al narrador ya que, al posar la mirada en aquella a la que señala —no, la edad no la ha marcado más— es difícil no reconocer en ella a la "joven floreciente en traje de invierno ruso", seguida de sus servidores Nerón y Tiberio, que no resultaba menos preocupada por su nieto, recuerden quién era éste) mi abuela querida puso su mano izquierda moribunda en mi cabeza y me dijo con voz baja pero clara:

—¡Tú, el mayor de mis nietos!

"Escucha... y acuérdate siempre de mi última voluntad: nunca en la vida hagas nada como los demás".

Luego me tocó la nariz y, notando claramente que sus palabras me habían dejadom perplejo, añadió algo molesta y con un tono autoritario:

—O no hagas absolutamente nada —ve a la escuela y ya— o haz algo que nadie haga.

Cierre la hermosa abuela los ojos (no por mucho tiempo, esperamos) y no hará falta más para que el infierno cobre una de sus presas. El triunfador, que es uno con la víctima, es ahora considerable; nunca el reverso de la medalla mostró mayor contraste con el anverso: itifálico por un lado en persecución de muchachitos miserables, sereno por el otro aunque nunca recluído, con gran bocamanga, la bola de tabaco en los carrillos, ante la pila de sus producciones plásticas, cuyo conjunto constituye una de los tres o cuatro obras capitales del siglo XX:

Y que sea lo que no es. Amén, amén: Amén. Y así sea.

Con que sólo se le permitieran, tardíamente, trompetas de papel, nos gustaría cerrar con él el bando de los incitadores de esta onceava Exposición internacional del surrealismo.

A CONTINUACIÓN, POR ORDEN DE APARICIÓN: Picasso, Heráclito, Octavio Paz, Charles Fourier, Alphonse Toussenet, Georges Gourdieff, Adolf Wölfli.

REFERENCIAS: Françoise Gilot—Carlton Lake, *Vivre Avec Picasso*, Calmann—Lévy, 1964. Kostas Axelos, *Vers la pensée planétaire*, Éd. de Minuit, 1964. Octavio Paz, *L'Arc et la lyre*, Gallimard 1965. Charles Fourier, *La fausse industrie*, edición del autor, 1835—1836. Alphonse Toussenet, *Ornithologie passionnelle*, Libr. Phalanstérienne, 1853—1855. Friedrich—Christian Grabbe (adaptación de Alfred Jarry), *Les Silènes*, Les Bibliophiles créoles, s.f. Georges Gurdieff, *Récits de Belzébuth à son petit-fils*, Éd. Janus, 1956. Docteur W. Morgenthaler, Adolf Wölfli, *L'art brut*, 1964. ²³

PARÍS, OCTUBRE DE 1965

* Presentación de la XI Exposición internacional del surrealismo, *L'Ecart absolu*, en la galería de l'CEil (diciembre 1965—enero 1966).